

DELTA AMACURO

# Teresa Farrera, la raíz warao que sigue creciendo lejos de sus aguas

MINERVA VITTI\*

---

El idioma y la cultura warao han sido los remos que le han permitido navegar intrincadas geografías sin naufragar en la pérdida de su identidad. Una travesía que la convierte en mensajera y defensora de su pueblo indígena sin importar lo lejos que esté de sus aguas ancestrales

---



TERESA SOSTENIENDO UN MATARO, MARACA SAGRADA DEL PUEBLO WARAO. FOTO MINERVA VITTI

Entre el humo y los cornetazos de los carros que circulan por la avenida San Martín aparece Teresa Farrera, indígena warao y docente jubilada, que vive en esta zona al oeste de Caracas desde hace más de dieciocho años. Cruza la calle ligera como quien ya se ha apropiado de una nueva geografía, caótica, siempre cambiante. Lleva puesta una camisa blanca con flores a un costado, pantalones azules y zapatillas animal print. A medida que avanza algunos flecos se desprenden de su melena negra y lacia para enmarcar el rostro canela en el que resaltan sus cejas tatuadas. De su cuello cuelga una cruz de madera. Hace sol y viento.

—*Yakaera waitu, ma darijabatu a bukobukó* (“hola, mi viajera guerrera”)— saluda cariñosamente en su lengua materna, la que se habla en el delta del Orinoco, a aproximadamente diez horas de esta ciudad y otras horas más de navegación hasta los caños donde se asientan Santa Rosa de Aragua y Araguaimujo, pertenecientes al municipio Antonio Díaz, estado Delta Amacuro, Venezuela, las comunidades indígenas donde esta mujer nació y pasó su infancia.

Detrás de Teresa queda la carretera ancha y recta en la que continúan circulando los carros. Sus pies en pausa son delgados y ligeros como esas raíces aéreas de los manglares que crecen por encima del suelo, pero que necesitan de una superficie para fijarse y sostenerse en los suelos pantanosos.

Cuando se pertenece a una etnia que siempre ha estado en movimiento es preciso llevar el territorio consigo mismo, navegar el desarraigo estando en la periferia de dos mundos, el indígena y el no indígena, aunque a veces se sienta como no estar en ningún lugar.



El apartamento de Teresa está en el piso 24 de un conjunto residencial formado por cuatro torres. Es lo que el dinero de la venta de carteras y bolsos de cuero colombiano, más un préstamo hipotecario que le concedió la Ley de Política Habitacional y el Instituto de Previsión y Asistencia Social para el personal del Ministerio de Educación (Ipasme), y lo que pudo ahorrar con su salario de profesora le dio para comprar en los años noventa. A veces siente que el piso alto la enferma, también subir los baldes de agua por las escaleras debido a los repetidos cortes de este servicio y de la electricidad que afecta el funcionamiento de los ascensores.

Los warao “son gente de agua o de las embarcaciones” y están distribuidos en los estados Delta Amacuro y Monagas, en las zonas adyacentes a las desembocaduras de los caños del delta del Orinoco. Los que han permanecido en sus territorios ancestrales viven sobre las aguas o rodeados de estas aunque, como Teresa, tampoco las puedan usar libremente, debido a la con-

taminación generada por los residuos de la minería aurífera y las industrias básicas.

—He visto a muchos hermanos warao en las calles y los he ayudado. Una vez se sentaron en la acera del edificio y cuando los saludé en warao se asombraron. Siempre piden sábanas para arroparse, supongo que es para pasar la noche. Si traigo pan se los dejo. Les he preguntado de dónde vienen, y muchos me dicen que de Valencia, cuando les vuelvo a preguntar me dicen la comunidad, quizás algunos lo hacen por vergüenza étnica.

En los últimos años, un gran número de indígenas warao ha migrado no solo a las principales ciudades sino a otros países como Trinidad y Tobago, Guyana y Brasil, donde la mayor parte vive en condiciones bastante precarias. Una migración forzada que inició en los años sesenta con el cierre del Caño Manamo, con graves impactos en la salinización del agua, las inundaciones de comunidades enteras y la pérdida de cosechas; continuó en los años siguientes con los warao en situación de mendicidad en las ciudades; y se acentuó especialmente desde 2014 con la emergencia humanitaria en la que está sumergida Venezuela. Podría decirse que la migración de Teresa transcurrió con un poco más de suerte.

Además de su experiencia como maestra en algunas escuelas de Caracas y San Francisco de Guayo (Delta Amacuro), esta mujer warao ha trabajado en el Ministerio de Educación, específicamente en el Departamento de Educación Intercultural Bilingüe, apoyando al Equipo Técnico Pedagógico y evaluando textos escolares utilizados en las escuelas indígenas, igualmente en el Departamento de Educación Inicial; en la Fundación Abyayala como profesora de cultura warao; en Alterno, una productora audiovisual, en la que ha fungido como traductora y ancla de “Indígenas en la Red”, un noticiero indígena del mismo medio; y desde hace tres años participa en el grupo de Defensoras de la Naturaleza, siendo parte activa de “Somos Amazonía”, una campaña de las ONG jesuitas Alboan y Entreculturas cuyo objetivo es la movilización de la ciudadanía para proteger la Amazonía, los pueblos que la habitan y luchar contra el cambio climático.

—Siempre quise crecer a nivel personal y profesional, mantener mi acervo cultural. Cuando salí de mi comunidad sabía lo que quería, buscar nuevos horizontes y fue precisamente aquí en la ciudad donde logré expandir mis conocimientos ancestrales. Quiero que sepas también, que yo determiné mi propia motivación, la cual fue el combustible para poder alcanzar mis metas, claro que en algún momento pensé “¡ay! voy a dejar de hablar mi idioma” pero luego me decía que no podía porque, ¿cómo olvidar mi acervo cultural,? ella, mi lengua materna, es el vehículo para poder comunicarme contigo, y con las diferentes fundaciones que yo he venido apoyando

y así seguir adelante, no te voy a negar que para mí, mantener mi lengua materna y hablarla con fluidez ha sido un reto bien grande y eso creo que me ha servido, el no apartarme de mi cultura, de ahí yo parto.



La primera vez que Teresa se mudó de Santa Rosa de Aragua, la comunidad warao donde nació en 1957, tenía siete años. Su familia llegó a Puerto Luis, una comunidad cercana a la misión de Araguaimujo, ubicada en la parroquia Fray Santos de Abelgas, cuyo nombre le brinda honor a uno de los misioneros capuchinos que, en 1925, fundó la primera misión en la comunidad junto con las Terciarias Capuchinas de la Sagrada Familia, congregación religiosa de la Iglesia católica con espiritualidad franciscana. Desde ese entonces comenzó a funcionar la Escuela “Divina Pastora.”

Antes de ingresar a la educación formal con las monjas Terciarias Capuchinas, Teresa tuvo una maestra llamada Eusebia Jiménez, que fue quien la enseñó a leer con el libro *Abajo cadenas*, un texto que los maestros normalistas comenzaron a usar a finales de los años cuarenta y cincuenta, en los pueblos y caseríos mas lejanos de Venezuela.

En aquel libro aparecía un warao navegando sobre el lomo de un caimán. Con una flecha apartaba las boras flotantes “como limpiando el camino para seguir”. Lo mismo que Teresa cuando comenzó a trasladarse todas las mañanas en su *wajibaka* (“curiara” en idioma warao), remando con sus *jaje* (“canaletes o remos” en idioma warao), hasta la escolita recién fundada.

—A mí me representa mucho el canaleta. Si no hubiese sido por el remo ¿cómo hubiese llegado a la escuela? Fue remando que llegué tan lejos. Iba con mis primos y primas, pero fui la única de ese grupo que salí de sexto grado. Al terminar la Educación Primaria las hermanas capuchinas le dijeron a mi mamá que me iban a ayudar trayéndome hasta el Colegio Sagrada Familia [ubicado en Tucupita, capital del estado Delta Amacuro] para formar parte del grupo del internado. Así empezó mi segunda etapa de formación. Llegó el momento de partir en busca de un nuevo amanecer, no recuerdo si llevaba maleta, lo que sí recuerdo es el momento en que me monté en la lancha “Paz y bien” con los capuchinos.

Teresa pensó que su papá vendría con ella y cuando se encontró sola en aquella embarcación en movimiento, se levantó y empezó a llorar.

—Miraba hacia atrás. Sentí un vacío y dije: “Nada, me voy y no sé cuándo regrese”. Con mi bolsita que me había diseñado mi mami, en forma de funda, con un pedacito de tela vieja, allí iba mi cultura, muchos sueños y la curiosidad por conocer el mundo.

Desde el pequeño Puerto Luis, toda la familia –tíos, primos, abuelos– la comunidad entera le gritaba “*yakae-raja naru*” (“¡adiós, adiós!”). Teresa aún recuerda el rostro de su abuela cuando le dijo “*Dioso ji sanetakunarai*” (“¡Dios te bendiga!”). Al llegar a Tucupita desembarcaron directamente en la Iglesia San José, porque aún no existía el Paseo Manamo.

—Fue un choque muy grande para mí. Tenía trece años. Yo decía “¿cónchale ¿y ahora?, ya estoy aquí con las monjas y debo aprender”. Tenía muchas emociones encontradas al haber dejado a mi gente allá en el delta bajo, pero ya estaba en la capital.



Teresa está sentada en la mesa de comedor de su sala. En la pared está colgado el póster de *Dauna, lo que lleva el río*, una película venezolana en idioma warao, en la que participó interpretando al personaje de la *Dauna* anciana y fue también traductora del guión, español-warao y *coaching* de lenguaje. La imagen del póster es la silueta de *Dauna* (“selva” en idioma warao) pero en lugar de las partes del cuerpo de esta mujer indígena aparece el territorio físico: una curiara surcando las aguas del Orinoco hacia un haz de luz que se abre entre el cielo nublado y la espesura de la selva. La estela que deja la embarcación se convierte en un estampado semejante a la piel de un tigre verde, o quizás sean las huellas de un *nabarao*, ser mitológico del pueblo warao que habita en las profundidades de las aguas y que se lleva a las mujeres menstruantes.

Para Teresa esta película, dirigida por el cineasta Mario Crespo, cuenta su propia vida. Al personaje protagonista se le plantea un dilema: “Amar a Tarcisio, con lo que ello implica para una mujer warao, o seguir su vocación, a riesgo de pagar las consecuencias”.

Después de graduarse como bachiller docente y estar un año como maestra en San Francisco de Guayo, una comunidad warao a casi once horas de navegación desde Puerto Volcán, Teresa sintió que “algo la llamaba a ir más allá”. Un día una amiga le dijo “vámonos a Caracas, que allá hay trabajo”. La activista indígena confiesa que no lo pensó mucho y que cuando llegó a la capital, en 1980, compró un periódico y comenzó a buscar empleo. Primero trabajó como docente por Miraflores y luego en La Vega. En Caracas se casó y tuvo a sus dos hijos: Richard y Neixy. Desde entonces experimenta la tensión de estar entre el mundo warao, con todas las convenciones hacia el rol de la mujer que puede tener una cultura de al menos ocho mil años, y el mundo occidental, que aún no supera el racismo estructural hacia el indígena.

—Mi esposo que no era indígena me valoraba, repetía orgulloso “ella es warao, ella es indígena”, pero

cuando su familia se dirigía hacia mí me decían “la india esa” y yo solo pensaba “bueno, mira, algún día ustedes verán quién es la india Teresa”. Por eso no tengo relaciones con ellos, solo con una cuñada que me pregunta cómo están sus sobrinos.

La misma discriminación ocurrió en sus primeros años de ejercicio como docente en Caracas. Teresa recuerda que en medio de una reunión, en la que le habían asignado trabajar un proyecto de cultura indígena con los niños de sexto grado, una maestra dijo con fastidio “¡ay no, pa` qué tanto indio” y que aquella expresión la afectó mucho.

—Me veían como si yo fuera lo último y yo respondía “mira, sabes qué, yo soy warao y todo, pero yo creo que yo valgo más que usted”. Claro, no tenía esa experiencia que tengo ahorita y a veces hasta me ponía a llorar.

Pese a la discriminación racial, cultural y étnica por parte de personas “altamente calificadas y garantes de la educación de calidad en instituciones educativas”, Teresa nunca se avergonzó de su diversidad cultural y poco a poco, sobre todo en sus últimos años en las escuelas, continuó introduciéndola en las aulas. Rememora con mucha emoción la vez que sus alumnos de preescolar cantaron el himno nacional en warao, o cuando les trajo *yuruma* (médula harinosa del moriche con la que los warao preparan un tipo de pan) y fibra de palma de moriche desde San Francisco de Guayo, y los enseñó a tejer cesticas. Poblada de estos recuerdos muestra algunas fotografías de aquella época –de peinados altos y hombreras– rodeada de sus estudiantes.

En un extremo de la mesa de comedor están sus libretas con las anotaciones de sus viajes al delta del Orinoco, algunos cuadernos de traducciones y una cartilla warao. A veces, en una de las páginas, escribe “cerrado el ciclo”, como una especie de ritual que la desliza de una fase a otra en su vida. En el otro extremo de la mesa, entre un cuaderno con el rostro del prócer y maestro Simón Rodríguez y una agenda que dice “Agenda Valores”, tiene una laptop tipo Canaima, que le dieron a su hija en el liceo donde hizo una suplencia por un año escolar antes de migrar, allí Teresa está escribiendo un libro sobre su vida.

—Siempre digo que la mujer warao es sinónimo de mujer guerrera y a todo terreno. Si me propongo algo lo tengo que lograr— enfatiza, e inevitablemente sus palabras resuenan a las de *Dauna*, que también se convirtió en maestra: “siempre supe qué quería para mí”. —Fíjate cuando encontré aquel anuncio en el Últimas Noticias que convocaba a los docentes en servicio a proseguir sus estudios de licenciatura en el Instituto Pedagógico de Miranda José Manuel Siso Martínez, ubicado en La Urbina, estado Miranda. Mi esposo me decía que ya yo estaba vieja y no podía estudiar, “qué vas a estar estudiando si no te hace falta, yo te mantengo”, y yo





EL RINCÓN WARAO DE TERESA. FOTO MINERVA VITTI

le respondí que quería tener mi sueldo y que así él me dijera que no, yo tenía que prepararme. En medio de mis estudios me operaron de un prolapso y con puntos y todo iba a clases, tenía a mis dos hijos, pero nunca dije voy a abandonar.



Teresa camina hasta su balcón, una selva poblada de plantas de jade, palos de la felicidad, sábilas y ají dulce que ella misma sembró. A un costado tiene varias Torre Eiffel de diferentes tamaños y el *Big Ben* de Londres, *souvenirs* de sus viajes a Europa, un canaleta que dice “*Yakaera... Gracias por zambullirte en la cultura e idioma warao. 23/6/2016*”, recuerdo del curso que dictó con la Fundación Abyayala; un *ja* (chinchorro) de fibra de moriche y un *mataro* que toma entre sus manos y comienza a sonar.

El canto de las semillas y piedritas llamadas *karekose* se superpone al ruido de los carros en la avenida, como si el mismo espíritu de esta maraca sagrada, usada por el *wisidatu* (shamán warao) para dirigir rituales, alejar las tempestades y sanar a los enfermos, la condujera hacia su territorio ancestral. Inmediatamente la maestra

recuerda una de las últimas veces que viajó a los caños, en 2020, con el equipo de Alverno para hacer un reportaje y se encontró con un Orinoco “full de curiaritas con veleros” e indígenas warao que emprendían travesías de hasta ocho días de navegación hasta Puerto Volcán, siempre bajo el riesgo del naufragio y robos en medio del río.

La crisis del país no solo ha aislado aún más a estas comunidades indígenas, por la falta de combustible y el costo exorbitante de los motores fuera de borda, sino que los hace huir como pueden para no morir de hambre y enfermedad. Lo que queda en muchos de los caños que visitó Teresa es un paisaje de indígenas esqueléticos por la desnutrición y la tuberculosis, niños con diarreas y escabiosis, rancherías totalmente desocupadas, ambulatorios sin insumos médicos, caminerías destruidas y comunidades sin electricidad.

—Ellos [los warao] creían que le íbamos a resolver los problemas, nos llenaron de cartas, íbamos a entrevistar a un líder pero no nos dejaban, querían hablar y hablar y yo lo que hacía era traducir: “que tenemos cinco meses que no nos vienen las cajas de comida”, “que el Mercal ya no funciona”, “que ella está diciendo que tiene fiebre y mareo por las tardes, que no come



A TRAVÉS DE SUS RECUERDOS TERESA NAVEGA LAS AGUAS DE DELTA DEL ORINOCO. FOTO MINERVA VITTI

y si come es una sola vez al día, que no está recibiendo nada de medicamentos y que ningún médico ha venido a verla". Ellos están así porque nadie llega hasta allá y ver la tasa de mortalidad tan alta es impactante. Nos dijeron que una familia entera murió de Sida en San Francisco de Guayo.

Aún sumergida en el sonido del *mataro*, sigue recordando aquellos días. A veces retrocede tanto que vuelve a aquel árbol en Araguaimujo donde se ahorcó su hermano; a su abuela viuda recogiendo cacao, entrando a los morichales, sacando yuruma, haciendo chinchorro; a la primera vez que navegó a canaleta con su padre hasta San Francisco de Guayo, las paradas en pequeñas islas para colgar sus chinchorros, las noches pobladas de estrellas, gritos de monos, rugidos de tigres y mosquitos comiéndole la piel.

—El esposo de una tía murió desnutrido. Eso no es justo. El Gobierno dice "la dignificación de los pueblos originarios" violando nuestros derechos. Los warao se están muriendo de hambre, recibiendo maltrato. Todos se preguntan ¿dónde está la alcaldesa? Si yo tuviera poder, ¿qué no hiciera por mi pueblo?, ¿pero, qué más puedo hacer por ellos?

Durante aquel viaje con Alterno también estuvo en Nabasanuka y Araguaimujo, el lugar al que siempre quiso volver.

—Sentí dolor y tristeza al ver cómo está mi comunidad. A la escuela llegan los niños descalzos, sin morrales, las puertas están destrozadas, las maestras trabajan sin herramientas, me dolió bastante y ¡bueno, pues! me puse a llorar.

Teresa es de las que piensa que la mirada del otro nos puede ayudar a tomar conciencia sobre cambios que necesitamos hacer para poder tener una mejor calidad de vida, que el respeto y la empatía son fundamentales a la hora de expresar nuestros puntos de vista.

—En el mundo del activista, la mirada es una herramienta fundamental para ayudar a los hermanos warao, a que ellos puedan obtener una nueva perspectiva sobre sus vidas y puedan lograr cambios significativos— dice esperanzada.



Junto al póster de la película *Dauna, lo que lleva el río* hay un árbol grande, que compró su hija Neixy en *Amazon*, pegado en la pared. Las ramas se bifurcan en decenas de brazos como si formaran el propio delta del Orinoco. De cada una penden hojas y pequeños cuadrados con las fotos de Juan Bautista Farrera y Guillermina Medina, los padres de Teresa; Nixon Camacho, su esposo; Neixy y Richard, sus hijos; Ricardo David, su nieto; y de la misma Teresa. En la pared del frente aparece escrita, como un reflejo del árbol en el agua, una frase en inglés que dice: "*Family. Like branches on a tree, we all grown in different directions yet our roots remain as one*" (Familia. Como las ramas de un árbol, todos crecemos en diferentes direcciones pero nuestras raíces siguen siendo una). Al lado está colgado un cuadro de *La última cena*.

Los depósitos de los deltas de los ríos más grandes se caracterizan por el hecho de que este se divide en múltiples brazos que se van separando y volviendo a juntar para formar un cúmulo de canales activos e in-activos. Es así como este árbol-delta cuenta una parte de la genealogía de Teresa: la muerte de sus padres y su esposo el mismo año de su graduación como profesora en el Pedagógico, sus hermanas insistiéndole "te tienes que venir, no te quedes allá sola en Caracas", el éxodo del pueblo warao, la migración de sus hijos a Argentina.

De todos los años que Teresa ha vivido en este apartamento, muchos han transcurrido viajando, aunque eso no le ha impedido convertirlo en su propio *janoko* ("el sitio del chinchorro" en idioma warao o el palafito o casa que se levanta sobre las aguas) en la ciudad. Cada metro cuadrado contiene los símbolos y paisajes de su cultura.

De una pared de ladrillos —que es una suerte de rincón warao— cuelgan: *tamaja waja* (la cesta en forma de plato), *tamaja jaje* (el canaleta), *tamaja dowanakaja* (el portabebés), *tamaja wajibaka* (la curiara), *tamaja yasi* (los sombreros), *tamaja torotoro* (la cesta donde el *wisidatu* guarda el *kanobo* —nuestros ancestros o abuelos— o *jebu* —espíritu maléfico o enfermedad—), *tamaja yami* (el abanico para avivar el fuego), *tamaja botoro a noko* (el tejido que envuelve la botella), *tamaja arujuba* (el sebu-

cán para exprimir la yuca), *tamaja najoro a yaronoko* (la totuma o tapara), la bandera de Delta Amacuro y hasta una panorámica antigua de la ciudad de Tucupita.

Abajo de todo esto está San Onofre, “el viejito con chiva” al que siempre Teresa se encomienda “como buena católica de mucha fe” cuando va a realizar cualquier cosa. El santo que le hizo el milagro de comprar esta casa.

En otro espacio hay fotografías de los *janoko* sobre un Orinoco que salpica el rostro de quien las mira. Incluso en su cocina ha realizado el laborioso proceso de teñir la fibra de moriche con *wiki-wiki*, un colorante artificial que usan los warao como sustituto de los tintes naturales, para luego extenderla al *jokoji* (sol) en su balcón.

—Si fuera por mi hija ya me hubiese ido, quiere que yo esté allá con ella, lo que pasa es que también tengo los perros y no sé, yo le digo “tu sabes como soy yo Neixy que estoy bien un día en un sitio y de repente, ¡ay no!, ya me quiero ir para Venezuela”— dice mientras sirve unas domplinas (arepa de trigo) con nata (crema de leche). Luego comparte orgullosa la facilidad de su hija para los idiomas, incluido el warao.

Aunque no se quiere marchar definitivamente, está tratando de vender este apartamento en el que solo la acompañan dos perritos —Delta y Piojo— que le dejó su hija, para comprarse uno más pequeño.

Las veces que ha visitado a su hija viaja por carretera hasta São Paulo, Brasil, desde donde toma el avión a Buenos Aires, Argentina. Es un viaje de varios días y de muchos riesgos pero la ruta más económica para ellas. Esta travesía le ha permitido entrar en contacto con los indígenas warao que permanecen en albergues gestionados por el ejército brasileiro y organizaciones humanitarias.

Según el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (Acnur), aproximadamente 6.800 refugiados warao viven actualmente en Brasil. Si tomamos en cuenta que, de acuerdo con el censo 2011, en Venezuela había 48.771 warao, estaríamos hablando de que 13 % de los warao ha migrado hacia Brasil. La mayoría de ellos llegan caminando en un recorrido de más de ochocientos kilómetros, entre ocho días o más, desde Tucupita.

—Hay algunos que trabajan en organizaciones como el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (Unicef), otros que van y venden sus artesanías y se regresan, otros que han conseguido otros trabajos y se han independizado, y otros que van a echar varilla. La mayoría te dice “no, que allá no tenemos comida, Lisetta [la gobernadora del estado Delta Amacuro] no nos da comida” y por eso es que se vienen. En Brasil la cosa está fea con las muchachas que están en la prostitución y trabajan, no sé, tiene que ser nocturno porque en el día lo que hacen es dormir.

Cuando regresa de Buenos Aires hace el mismo recorrido y siempre se asusta porque el autobús tipo Encava que la traslada desde Santa Elena de Uairén —al extremo sur de Bolívar y frontera con Brasil— hasta Caracas, viene tan cargado con toda la mercancía que los venezolanos compran para revender y palear un poco la crisis económica, que parece que se fuera a voltear. También por la cantidad de muertes y desapariciones que ocurren en las minas de oro del estado Bolívar, controladas por los grupos armados criminales, guerrillas y militares.



Teresa camina por el pasillo que conduce a su habitación. Los perritos la siguen. Desde la puerta de la cocina entra una luz natural que corre líquida sobre sus pasos. De pronto ese pasaje se ha convertido en una de las caminerías warao sobre el Orinoco. Pasillos y caminerías, ambos espacios liminales, sometidos a las corrientes de los pasos o las aguas, que no invitan a permanecer mucho tiempo en ellos pero habilitan la conexión.

Uno de los perritos se acuesta en la cama. Teresa busca en la peinadora una camisa que dice Ine ♥ Araguaimujo Delta Amacuro y la extiende a su lado. La diseñó su hija. Cuenta que cuando se la puso todos los warao le pedían que se las regalara. Luego saca el libro *Najanamu, ritual de fertilidad y comunión: por qué bailan los guaraos*, de Damián del Blanco, misionero capuchino que desde 1948 hasta su muerte en junio de 2017, dedicó su vida a los warao. En su letra quebrada, producto de una enfermedad degenerativa, el religioso le escribió: “A *Dauna tidaidamo*” (A Dauna anciana).

—Tu sabes que las caminerías tienen dos bases, tu tienes que caminar es por donde están las bases que las sostienen, no puedes pisar en todo el medio, sobre todo si las maderas están desgastadas y podridas; claro, eso lo sabemos nosotros y caminamos por el borde— dice recordando al compañero de Alterno que se cayó en el agua en su último viaje.

En el espejo de la peinadora queda la silueta de Teresa protegida por una estampita del Gran San Onofre. Después se gira hacia la puerta donde está pegado un dibujo de su nieto: dos personas que se agarran de las manos pero que tienen unos brazos tan largos como puentes, sobre ellos la dedicatoria “Para mi *natu* (abuela) Teresa”. Junto a la misma puerta descansan dos maletas vacías.

—Todos me preguntan ¿vas a regresar como *Dauna*? Y yo digo bueno, a lo mejor, quizás después. *Dauna* regresa después que recibe sus honores, su título, *Dauna* regresa porque tiene una deuda con su comunidad. Yo digo que quizás también tengo deuda con mi comunidad, con Araguaimujo. Quisiera tener poder para por lo menos rescatar esa escuela.



En la pantalla de la computadora se asoma el busto de Teresa. Está en Argentina desde hace dos años. En noviembre de 2022 regresó a Venezuela para finiquitar la venta de su apartamento, compró uno más pequeño “donde la inmobiliaria le pudo conseguir” y allí reposan sus cosas en cajas. En unos meses debe regresar para renovar su cédula de identidad y pasaporte. Mientras tanto se encarga de cuidar a su nieto de dos años y medio, a quien le está enseñando el idioma warao, y a dos sobrinos adolescentes que ayudó a migrar.

Lo que más le afecta en Argentina –además de la nostalgia– es el cambio de las estaciones. Hace algunos meses, en invierno, comenzó a toser con sangre y estuvo cinco días hospitalizada, le diagnosticaron bronquiectasia, una enfermedad en la que las vías respiratorias mayores de los pulmones se dañan, y que en Teresa está relacionada a una tuberculosis latente, la causa de muerte de su padre.

La salida de Venezuela fue traumática para ella. Los días previos murió una de sus hermanas y tuvo que “dormir” a sus dos perros porque estaban muy enfermos y ancianos. Además, debió cruzar la selva –desde Pacaraima a Boa Vista– por una trocha y continuar la travesía por carretera y río. El 31 de diciembre de 2020 lo pasó en el Terminal Rodoviário de São Paulo, Brasil, llorando un llanto antiguo y llena de picaduras de hormigas. Allí estuvo dos noches “más despierta que durmiendo”, cuidándose, “porque veía personas de muy mal aspecto a altas horas de la noche”. Después la empresa Eucatur, una línea de transporte brasileño, la indemnizó “por los daños y perjuicios ocasionados” –la unidad accidentada durante la travesía por la selva amazónica– que hicieron que tuviera que cambiar la fecha de su vuelo.

—Salí con muchos duelos encima.

La maestra warao muestra su Documento Nacional de Identidad (DNI) argentino válido por quince años, pero sigue pensando en proyectos que pueden desarrollarse en las comunidades indígenas. Desde esta nueva geografía está trabajando en un glosario warao de palabras nuevas con su primo Rubén Bastardo, indígena y maestro warao que migró a Brasil; participa del grupo de Defensoras de la Naturaleza de Alboan; está animando a su hermana para crear un proyecto que le permita vender sus artesanías en el extranjero; y hasta piensa que su cuñado podría trabajar una temporada como fabricante de curiaras en el Delta de Tigre, un lugar ubicado en el municipio Tigre en Argentina, que cada vez que visita la retrotrae a los caños del delta del Orinoco. Cuando termina de enumerar sus proyectos, Teresa levanta emocionada un paquete de hojas apiladas: es el manuscrito de su libro.

Esta activista indígena insiste que aquello que le permite resistir en el nuevo territorio es el idioma y la

cultura warao, se emociona cuando su nieto la saluda “*natu nojera*” (“abuela tengo hambre”) desde las rejas del jardín. En Argentina ha grabado varios mensajes en warao para la radio de los misioneros de la Consolata, una congregación que conoce bien porque tienen trabajo en las comunidades warao de Venezuela.

Cuando se le pregunta por el deseo de regresar a Venezuela su rostro se compunge como si mirara en el fondo de una marea alta. Recuerda a sus hermanas que están fuera del país y todo lo que puede lastimar debajo del lodo si la caminería se rompe.

—Tal vez iré y vendré, pero quedarme allá... yo sé que en todos estos países hay inflación pero nada que ver con Venezuela, por lo menos aquí no he hecho cola para comprar –por un momento hace silencio–. Me enfermé tanto subiendo agua por las escaleras... –de pronto vuelve animarse– Lo que sí quisiera es ir para el Centenario de la Misión de Araguaimujo, están contactando a los ancianos y docentes que han migrado de sus comunidades. Quisiera estar allá con la Iglesia, apoyar a los hermanos warao; pero bueno, amanecerá y veremos...

---

\*Periodista venezolana. Es parte del área de investigación de asuntos indígenas y ecología de la Fundación Centro Gumilla. Fue jefe de redacción de la revista *SIC* (2013-2018). Autora del libro *La fuerza del jebumataro. Historias de despojo y fortaleza de la Venezuela indígena* (2019, **ab**Ediciones UCAB y Ediciones Centro Gumilla).